

Ovando concibió en aquel instante un proyecto.

— ¡Está bien! — le dijo.

— ¿Puedo saber, — preguntó Mendez, — cuál es vuestra resolución?

— Por de pronto rogaros que admitais para albergaros una habitación en mi palacio.

— ¿Pero enviareis al almirante los buques que necesita?

— No seais tan impaciente: descansad ahora, dejadme que haga los honores al intrépido nadador, y despues hablaremos.

— Pero...

Ovando no le dejó continuar.

Llamó á uno de sus pajes y le dijo:

— Dad una buena habitación en mi casa al muy leal servidor don Diego Mendez; y vos, — añadió, dirigiéndose al soldado, — seguid al paje, y hasta mañana...

Mendez creyó que Ovando, al saber el triunfo que habia alcanzado Colon, le auxiliaria para congratularse con él.

Se despidió del gobernador y siguió al paje.

Ovando mandó llamar al indio que habia acompañado á Mendez.

El indio no tardó en acudir.

Era Albigo, el que habia querido acompañar á Colon la primera vez que desembarcó en las costas de la Jamáica.

Reclamado por los suyos, habia vuelto á su patria; pero al ver de nuevo á los españoles, al

saber el proyecto de Mendez, quiso acompañarle.

Ovando le recibió con las mayores muestras de amabilidad.

— Estás en mi poder, — le dijo; — pero no quiero que formes mala idea de mí. ¿Eres adicto á los españoles?

— Sí, — contestó el indio.

— ¿Y por consiguiente á sus reyes?

— Soy su esclavo.

— Lo que quiere decir que si te diesen una orden la cumplirias.

— Sí.

— Aunque tuvieses que sacrificar tu vida.

El indio miró á Ovando, como dándole á entender que su vida era poco.

— ¿Sabeis quién soy? — añadió Ovando.

— Sois el jefe de los blancos.

— Soy aquí el representante de mis reyes, el que recibe directamente de los soberanos las órdenes que estos quieren transmitirle. Si yo en su nombre te mandase algo, ¿me obedecerias tambien?

— Con alma y vida.

— Pues bien: has de saber que yo me fio más de tí que de ningun otro, y por esa razon voy á confiarte una mision muy delicada. Tú me has dicho que sacrificarias con gusto tu vida por servir á los reyes. No te exijo ant o.

— Pedid lo que querais.

— ¿Desearias ir á España y ser presentado á los soberanos?

—Es mi mayor deseo.

—Pues bien: te se presenta una ocasion de realizar ese afan, que he conocido tienes desde hace tiempo. Hé aquí lo que has de hacer para realizar tu deseo.

El indio se adelantó maquinalmente hácia Ovando para no perder una sola palabra de las que iba á pronunciar.

El gobernador, por su parte, satisfecho al ver las buenas condiciones en que se hallaba el indio para realizar el infame proyecto que habia concebido, no pudo contener la satisfaccion que experimentaba, y habló de esta manera á su interlocutor:

—El almirante Cristóbal Colon te ha enviado en compañía de Diego Mendez para traerme una carta y llevar otra á los reyes de España, dándoles cuenta de los últimos descubrimientos que ha hecho en su viaje por las costas de la Jamáica. Yo no sé por qué me figuro que no es todo adhesion en Diego Mendez hácia el almirante.

El indio, que habia sido testigo de las pruebas hechas por Diego Mendez para demostrar á Colon su lealtad, significó en una mirada el asombro que producian en él las sospechas de Ovando.

No pasó desapercibida para el gobernador esta expresion de asombro, y cambiando de táctica, le dijo:

—Voy á ser franco contigo. No es que dude de la lealtad de Mendez, pero tengo más confianza en tí y desearia que la carta que guarda en su poder para presentarla á los reyes la llevases tú con otra mia,



CRISTÓBAL COLON.—Se acercó Colon y le abrazó.



en la que diría á sus majestades que premiasen tus servicios con su acostumbrada esplendidez.

—Sí,—exclamó el indio ébrio de gozo;—eso me agradaría en extremo. Desde que llegaron los blancos por primera vez á las costas de mi patria, oí llamarlos hijos del cielo y se despertó en mi alma el deseo de acompañarlos, de ver su país, de adorar á sus reyes. Por realizarlo ahora no hay sacrificio que no arastre.

—Pues bien: Mendez desea como tú ir á España, presentar á los reyes la carta del almirante, recibir sus plácemes y obtener el premio al portador de tan buenas noticias. Pero yo desearía enviarle al mando de los buques que me ha pedido Colón, porque no tengo un capitán más diestro que él, ni creo hallar entre todos los españoles que están á mis órdenes uno más adicto á la persona de Colón.

—Sí, sí,—dijo el indio, mostrando una gran alegría al ver que Ovando hacía justicia á los nobles sentimientos de Diego Mendez.

—Pero es preciso,—continuó el gobernador,—que tú, valido de la confianza que inspiras al enviado de Cristóbal Colón, te apoderes, sin que él se aperceba de ello, del pliego que tiene en su poder para los reyes.

—¿Yo?

—Nada más fácil.

—¡Oh, no por cierto!

—¿Dudas?

—¡Cometer semejante felonía!

—Nada tiene de extraño.
 —Diego Mendez es un valiente.
 —Lo que conozco como tú.
 —Me ha salvado la vida.
 —No te exijo yo que olvides la gratitud que le debes; pero como se trata pura y simplemente de hacer un servicio á Colon y de facilitarle así los medios de realizar un deseo vehemente, que en vez de perjudicarte te honra, porque evidencia tu lealtad hácia los monarcas de Castilla, el plan que te propongo nada tiene de censurable. Mendez creerá, si tú te apoderas del pliego con habilidad, que lo ha perdido; yo le instigaré entonces á que parta con los navíos á las costas en donde espera ansioso su llegada el almirante, y para cuando él pueda hallarse en disposición de ir con su mismo jefe á España, tú habrás llevado la noticia de los descubrimientos y habrás obtenido el premio... Mendez te agradecerá entonces eso que tú llamas felonía.

Ovando calló un momento para aguardar la respuesta del indio.

Este luchaba entre el deseo y el deber; pero como el deseo es el gran argumentador de la conveniencia, disminuyó á sus ojos las proporciones del acto que le incitaba á cometer Ovando, y cayó en la red que le tendió el astuto gobernador.

—¿Qué resuelves?—dijo éste, despues de un momento de silencio, como para dar lugar al indio á decidirse á una cosa ú otra, puesto que se hallaba perplejo, irresoluto.

—Que estoy dispuesto á obedeceros,—contestó el indio resueltamente.

—En ese caso, voy á prepararlo todo. Espérame un instante aquí.

Y Ovando salió de la estancia, dejando al indio encerrado en ella.

Vamos á conocer á fondo el pensamiento del encarnizado enemigo de Colon.